

— ¿Soñaba tal vez con relaciones más permanentes? ¿Deseaba que la Marquesa fuese sólo de usted? ¡Qué locura! ¿Cabe eso en lo posible? ¿Se entregan, acaso, esas mujeres definitivamente? ¡Y á un literato! ¿Hasta semejante extremo ha estado ciego Treillard? Pero, infeliz, la realización de esa esperanza hubiese sido... ¡la perdición! La personalidad y la originalidad de usted hubiesen quedado absorbidas y anuladas. Después de haber atravesado por ese mundo artificioso y voluble ¿cree posible vivir en él, sin renunciar á toda ambición de trabajar libremente?

— ¡Ah! ¡Siempre es usted la misma! — gritó encolerizado Andrés. — Todo lo ha de mirar desde el punto de vista profesional, y ¿quién le ha dicho que no estaba yo dispuesto á sacrificar el orgullo intelectual ante las esperanzas de dicha?

Florisa palideció al oír este violento apóstrofe que volvía á ponerle ante los ojos el disgusto que la había separado de su amigo. Bajó la cabeza, y después de breve reflexión:

— Lo hubiera usted lamentado amargamente, porque esa dicha apenas si hubiese llegado á durar un día.

— ¿Qué sabe de eso? ¿Cómo se atreve á juzgar de los sentimientos ajenos por los sentimientos propios? Porque usted sea incapaz de consagrar su vida al amor ¿vamos á deducir que todas las mujeres sean rebeldes á la ternura? ¿Pretende erigir en regla sin excepción el nihilismo afectivo? ¡Bueno!

¡Queda convenido en que el amor no existe para usted. ¡Pero ¿es esa razón bastante para decretar que nadie ame ni pueda amar?

Florisa rió; miró atentamente á Treillard, y luego, moviendo la cabeza:

— Hay mucho de cierto en esa salida de tono. Pero ¿cómo nos arreglaremos para separar una opinión general del sistema particular que hemos adoptado y practicamos? Forzosamente estamos obligados á mirar los asuntos ajenos desde un punto de vista semejante al que ocupamos al juzgar asuntos propios. El apasionamiento, que prudentemente evito, y que conceptúo fatal para mí, no puede parecerme envidable para usted. Después de todo, acaso me equivoque. Sin embargo, no lo creo. Mire, amigo mío, poseo terrible experiencia. En la infancia asistí á comedias y dramas que no puedo olvidar y que me servirán de enseñanza, mientras viva. ¿Cómo quiere que crea en el amor, después de haberlo visto profanar, escarnecer, vender y comprar? No acierto á imaginármelo sino como una eterna trapacería, en la cual el hombre y la mujer, ya por diversas circunstancias, ya por razón de superioridad de carácter, se engañan alternativamente uno á otro. Cuando se ha recibido, siendo pequeñuela, pero con discernimiento muy bastante para hacerse cargo de lo que se ve y se oye, la enérgica lección de realidades á que me hallé sometida, hay derecho, sin que nadie puede lanzar acusaciones de pesimismo, para alejarse del amor y

para procurar que se alejen las personas á la cuales se quiere bien.

— Enhorabuena, — exclamó Treillard — continúe usted en clase de vestal, manteniendo el fuego sagrado del intelectualismo, pero no se asombre de que los demás quieran vivir la vida normal.

— Y la vida normal ¿es la agitación del amor? ¡Ay! Tiene razón, amigo mío, esa es la vida normal. Desde que el mundo es mundo, casi todos los grandes cataclismos de la Humanidad han tenido por móvil, manifiesto ú oculto, el amor. No incurriré en la pedantería de una enumeración que usted puede hacer con tanta facilidad como yo. Acaso el amor fulgurante y sin mañana, baste, con sus satisfacciones, para compensar la pérdida de toda la vida. Musset ha dicho: « Y, durante un momento, los dos habían amado ». Esa es la apoteosis de la pasión desenfadada. Sin embargo, no me impedirá que abrigue dudas acerca de la sublimidad de esa especie de epilepsia llamada amor. ¿Cree usted que puede entablarse comparación entre el breve frenesí de Leandro, ahogándose al atravesar el Helesponto para ir á reunirse con la bella Hero, y el metódico esfuerzo de un Pasteur, inclinado sobre sus cultivos bacteriales, en busca de la salud de la Humanidad? Hero y Leandro son inmortales. El acto que constituye su leyenda, ha logrado encantar la imaginación de los pueblos. Tiene, pues, valor positivo, ¿Le agradará á usted más ser un Leandro que un Pasteur?

— ¡ Ah! ¡ Vaya un modo de razonar! ¡ Eso es derrumbarme el Panteón sobre la cabeza.

— No, señor. Usted pronuncia ardoroso ditirambo acerca de la poesía del amor. Yo contesto con argumentación serena respecto á la utilidad del trabajo. Cada uno arrima el ascua á su sardina.

— ¡ Cállese! ¡ Usted no tiene corazón!

Florisa se ruborizó. Le relampaguearon los ojos, y, con acento áspero:

— ¡ No quiero tenerlo! ¡ Sé lo que cuesta amar! A Dios gracias, tengo la cabeza despejada y razono todos mis actos. ¿ Qué me ocurriría si estuviese á merced de mi temperamento? Los afectos de los hombres son demasiado tornadizos para que se pueda fiar en ellos. Hace un año, me dijo usted que me amaba. ¿ A quién ama hoy?

— ¡ Ah! ¡ Eso es extremar al rigor y abusar de mi flaqueza! — replicó vehementemente Treillard. — ¡ Usted me rechazó duramente, injustamente, y ahora me echa en cara el que haya tratado de consolarme! ¿ Son, pues, tan parecidas todas las mujeres, aun las mejores? Usted, Florisa, en este asunto, peca de falta de memoria y me trata con poquísima generosidad.

La señorita Barel sonrió, pasóse la fina mano por la frente y, mirando á su amigo con ojos más benévolos:

— Dejemos eso. Los dos nos hemos equivocado. Lo cierto es, mi pobre amigo, que esa gran señora le trata á la baqueta y no le ha recompensado de

ningún modo lo que usted ha hecho por ella. Y ¿cuándo aparece su libro?

— Muy pronto

— ¿Es bueno?

— No es malo. Algo cargado de oropel. Pero, no es malo, en realidad..

— Rogaré á Malatiré que me envíe el ejemplar de la *Revue*. Y, si hay ocasión, hablaré...

— ¿Quiere usted hacer un estudio crítico?

— ¿Por qué no?

— Florisa, me asusta usted.

— Ya sabe que sólo he de decir lo que pienso.

— ¡Eso es, precisamente, lo que me espanta!

— ¿Desea usted encargarse de escribir ese artículo?

— ¡Imposible! Si elogiaba, parecería que iba mendigando gratitud. Si hablaba mal, creerían que era venganza...

— Entonces, deje á mi cargo la tarea...

— Pero sea usted benévola...

— Le ofrezco que seré justa.

Se levantó para marcharse:

— ¡Ah! Supongo que no se obstinará en continuar viviendo como un oso. Permaneciendo encerrado, llegará á atontarse. La torre de marfil tiene sus ventajas, Pero conviene no abusar. Véngase á comer conmigo esta noche. No hay más convidado que mi ancianito Babín. Se alegrará mucho al ver á usted.

Rápida emoción se transparentó en el semblante de Andrés. Tomó la mano de Florisa, la besó dulcemente y murmuró muy quedo:

— ¡ Ah! ¡ corazón de piedra! ¡ Qué lástima!

La escritora retiró la mano sonriendo, contempló al joven, con cierta melancolía, movió la cabeza con aire misterioso, y dijo:

— ¡ Vamos! ¡ No hay que volver á las locuras! ¿ Espero á usted esta noche?

— ¡ No!

— ¿ Se obstina en seguir enfurruñado? Dueño es de hacer lo que quiera, pero creo que hace mal. Cuando guste ir á verme, siempre estaré dispuesta á recibirle. ¡ Hasta la vista!